

No sólo el cuerpo de la abuela, que se adivina viejo y ajado, cobra vida. También el cuerpo de Isabel, que había perdido el sentido al elegir la castidad, movida por la culpa cristiana. Isabel es recatada, contenida. Representa la ley en la familia. Es quien llega para imponer un orden que todos ven simbolizado y concentrado en la figura de Josefa. Sin embargo, detrás de la historia familiar, paralela a su relación matrimonial canónica, Josefa guarda una versión escondida: su encuentro erótico, vital, salvador con el mandinga. Él es quien la transporta hacia el más allá, la rescata, y en la unión con ese cuerpo, que practica una religiosidad donde los desbordes son posibles, Josefa alcanza una continuidad que suspende las limitaciones terrenales.

Como ella, Isabel conocerá la felicidad al desnudarse, sumergirse en el agua y unirse con el mandinga mientras los tambores suenan y el pueblo se entrega al desenfreno. Su cuerpo adquiere vida, se erotiza y deja de ser «ese cuerpo despreciado, maltratado». Isabel reescribe el pacto de su bisabuela y, como ella, superará la vejez y volverá allí con la muerte, «a aquel rincón de la selva, al río San Juan, al lecho de tiernas algas donde aprisionado por ellas el mandinga la estaría esperando por la eternidad»<sup>6</sup>.

La fiesta en «Barlovento» se opone al matrimonio que tendrá lugar entre Isabel y el serio Marco Antonio. Es un tiempo de encuentro diferente, propio de los habitantes de Las Camelias, la antigua hacienda familiar, que interrumpen por un par de días sus trabajos, abandonan sus casas y hacen el amor libremente, ante la mirada horrorizada del cura del pueblo. Es allí donde regresa Josefa cada vez que presiente la cercanía de la muerte, con el impulso de dar lugar a la leyenda de Barlovento. La estancia ha tenido siempre como propietarias a mujeres y el mandinga las ha poseído una tras otra mediante un ritual, en el cual el erotismo de los cuerpos da lugar al erotismo religioso.

El viaje hacia la estancia es a la vez un viaje en el tiempo, gracias a ello Josefa recupera su vitalidad, se recobra de sus males físicos y hace suya una porción de su pasado, durante el cual ha logrado olvidarse de los otros, dar rienda suelta a sus impulsos y ser dichosa. La abuela Josefa muere la misma noche en que arriba a la estancia, mientras los tambores no paran de sonar y desde la selva se escuchan «gritos inarticulados y salvajes como de hombres presos en el tormento de la lujuria». La fiesta desata los instintos del pueblo y esos cuerpos envejecidos antes de tiempo por la dureza de la actividad en la estancia cobran otra vez vida.

<sup>6</sup> *Marvel Moreno*, op. cit., p. 344.

Aunque sin la escena de la fiesta, en *Olor a rosas invisibles* Laura Restrepo también ficcionaliza a partir de la relación erotismo-vejez y construye un relato sobre la relación entre Eloísa, la coprotagonista y su hija Alejandra que recuerda el vínculo de Josefa con su nieta Isabel. Ambas son jóvenes, llevan un noviazgo que parece feliz y muestran físicamente un contraste con sus antecesoras familiares. Detrás de la historia anecdótica del reencuentro de Eloísa y Luicé —tras unos meses de pasión y cuarenta años de distancia, matrimonios y nietos mediante—, se esconde también un hilo narrativo sobre el cual el erotismo cumple la función de postergar momentáneamente el tiempo, produciendo un rejuvenecimiento en los amantes.

Como en *El amor en los tiempos del cólera*, las carnes femeninas se han reblandecido y el miembro masculino acusa una indeseada falta de potencia. Solita, la esposa, es testigo de esos cambios pero también víctima del tiempo: se trata de señoras y señores para los cuales las horas del fervor amatorio han quedado atrás. Sin embargo, el reencuentro con Eloísa le posibilita a Luicé tramitar el miedo, el rechazo de su propio cuerpo frente al deterioro de los años<sup>7</sup>.

El narrador, que es a su vez un viejo amigo que comparte la melancolía por la juventud, el erotismo y los amores perdidos, comenta en un fragmento: «Eloísa —esta Eloísa apócrifa de ahora— lo abrumaba con explicaciones no pedidas sin intuir siquiera hasta qué punto era irracional y oscuro, e independiente de ella, el verdadero motivo por el cual él había venido: buscar una prórroga para el plazo de sus días. No creo que ni él mismo supiera a ciencia cierta, pero era por eso que estaba aquí, por recuperar juventud, por ganar tiempo, y ella le estaba fallando aparatosamente. Eloísa, sagrada e inmutable depositaria de un pasado idílico, se le presentaba en cambio, como por obra de un maleficio, convertida en fiel espejo del paso de los años».

Cuando el narrador relata el reencuentro en el aeropuerto de Miami, juega a confundir al lector presentando a Alejandra como una Eloísa eternamente joven, frente a la cual Luicé se llena de temores y advierte una vez más que tiene panza, mal aliento y ha envejecido sin remedio. Tras la aclaración del equívoco, emerge una muchacha que no puede ser sino la continuación de su madre. No hay posibilidad de detener el tiempo, dice la novela de Restrepo, pero también afirma que el deseo y el erotismo son atemporales. ¿Cómo no convocar el mito del dios Eros

<sup>7</sup> Laura Restrepo: *Olor a rosas invisibles*, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 49-50.

dándole vida al mundo? En estas narraciones Eros triunfa sobre Thánatos.

*Olor a rosas invisibles* reformula una ley irreversible: los cuerpos envejecen y se calman. Si no hay magia, mandingas o fiestas –como en el caso de «Barlovento»– los protagonistas sucumben al paso del tiempo y deben contentarse, como Fermina Daza y Florentino Ariza de *El amor en los tiempos del cólera*, con unos breves instantes de amor y erotismo, ya que no cabe la pasión irrefrenable.

Eloísa es viuda y tras el encuentro vuelve a quedarse sola con su viudez. Luicé, en cambio, prefiere regresar al cómodo lecho matrimonial, arroparse y amar, hasta que la muerte los separe, a Solita, su mujer y la madre de sus hijos. La realidad se impone y el único aroma que logra traspasar los estragos del tiempo es el de las rosas invisibles. Léase: los productos puros de la imaginación y la literatura.

Pero a pesar de esta certeza, Luicé y Eloísa disfrutaban de esos pocos días de recuerdos y erotismo, que les posibilita terminar una historia a la que le faltaba un cierre. Como Fermina y Florentino, disfrutaban «porque habían vivido juntos lo bastante para darse cuenta de que el amor era el amor en cualquier tiempo, en cualquier parte, pero tanto más denso cuanto más cerca de la muerte»<sup>8</sup>.

Los encuentros eróticos de «Barlovento» y *Olor a rosas invisibles* reconstruyen desde la ficción una de las afirmaciones de Bataille: «Puede decirse del erotismo que es la aprobación de la vida hasta en la muerte». Del mismo modo que los viejos amantes de García Márquez, cercados por el tiempo, estos protagonistas son conscientes de su vejez y de la proximidad del final, pero es el encuentro erótico el acto que, desde un presente, los reafirma como seres vivos. El deseo de amar, de entregarse, los mantiene en pie. El perderse en el cuerpo del otro interrumpe, al menos por unos instantes, el devenir del mundo y crea la ilusión de una continuidad en el cuerpo amado.

<sup>8</sup> *Gabriel García Márquez: El amor en los tiempos del cólera, Sudamericana, Buenos Aires, 1985, p. 447.*

